



EX MONJA ENCUENTRA

LA PAZ CON DIOS



por Wilma Sullivan

Anteriormente
Hermana Wilma Marie R.S.M.

Romanos 5:1 – “Justificados , pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”

Ex Monja Encuentra la Paz con Dios

por Wilma Sullivan
Anteriormente Hermana Wilma Marie R.S.M.

Romanos 5:1 – “Justificados , pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”

Habiendo sido criada en la Iglesia Católica Romana por padres maravillosos y amorosos, llegué a darme cuenta de que tenía un fuerte deseo de hacer la voluntad del Señor en lo que consideraba ser una forma especial. La única forma en que sentía que podía servir al Señor al máximo fue ingresando a la vida religiosa. De 1967 a 1971, fui miembro de las Hermanas de la Misericordia de la Unión y doy gracias al Señor por la experiencia, el amor y la guía que allí se me brindó. Sin embargo, mis últimos dos años fueron muy difíciles porque encontré una división en lugar de una unidad. Estábamos tan ocupados “sirviendo al Señor”, que no teníamos suficiente tiempo para estar con Él y compartirlo entre nosotros. Mi vida en ese momento estaba en una incertidumbre total porque sentía que nuestra meta era compartir a Cristo juntos y luego volvernos al mundo. Para mí, no estaba recibiendo el alimento espiritual necesario para alimentar al mundo en el que vivía. En 1971 dejé la vida religiosa con la intención de descubrir qué sentía, por qué lo sentía y qué hacer cuando encontrara las respuestas.

Mientras aún estaba en el convento, había comenzado a cuestionar mi fe en la Iglesia Católica Romana y los sacramentos que estaba recibiendo, pero realmente oré a Dios que, aunque no creía totalmente en la Eucaristía, Él de alguna manera me mostraría la verdad. Desde que dejé el convento, seguí siendo católica, tratando de hacer lo que creía que era correcto a los ojos de la Iglesia. Todavía tenía muchas dudas sobre mi fe, especialmente en lo que se refiere a la Confesión y la Eucaristía. Yo creía en mi corazón que cuando pecaba, pecaba contra Dios y por lo tanto Él debería ser mi Confesor, no un hombre. La Biblia me dio mi respuesta al respecto en 1 Timoteo 2:5 “*Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre*”.

Mi principal problema, sin embargo, era mi falta de fe en la Eucaristía. Seguía molestándome, así que comencé a buscar las respuestas en la Biblia. En Hebreos 10:10-12; 14, dice: “*En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados*”.

Después de leer estos versículos, realmente sentí que había encontrado la respuesta de por qué no podía creer que el pan y el vino en la Misa fueran en realidad el cuerpo y la sangre de Cristo. Él ofreció Su cuerpo y sangre una vez por todas, no todos los días como dice la Iglesia Católica que hacen al realizar el mismo sacrificio; es decir, justo antes de la consagración real, el sacerdote reza: “Que (el pan y el vino) se conviertan para nosotros en el cuerpo y la sangre de Jesucristo, Su único Hijo, nuestro Señor”. Un gran porcentaje de católicos no cree que el pan y el vino sean verdaderamente el cuerpo y la sangre de Cristo por el solo hecho de recordar lo que Él hizo por ellos. El Segundo Concilio Vaticano declaró que si una persona no creía que Cristo estaba verdaderamente presente en cuerpo en la consagración, “sea anatema”. Encontré otro versículo que me dio la solución definitiva para mi decisión. Cuando Cristo estaba muriendo en la cruz, dijo: “Consumado es” (Juan 19:30). Él fue el sacrificio definitivo, murió una vez por todas (todo pecado de cada hombre, pasado, presente y futuro) y nadie pudo hacer más ofrendas; Él lo había hecho todo.

Con todas estas preguntas en mi mente, ingresé al hospital para una cirugía menor en octubre de 1973. Mientras estaba allí, conocí a una mujer que también era una paciente. Aunque estuve allí poco tiempo y no la conocía bien, me mantuve en contacto con ella todos los días durante la semana siguiente. Me invitó a su casa para hablar de cosas espirituales y como sabía que yo era una ex monja y con mi sentimiento de que necesitaba alguien con quien hablar, acepté su invitación. Dos de sus amigos estaban allí y por primera vez en mi vida, mi religión fue desafiada. Lo más importante que aprendí de esta conversación fue que todas las buenas obras que una persona puede hacer durante su vida, no son las que hacen posible que una persona vaya al Cielo. Como se muestra en Isaías 64:6, “*Todas nuestras justicias son como trapo de inmundicia*”, y nuevamente en Efesios 2:8-9, “*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.*” Por lo tanto, lo que te salva de ir al Infierno no son tus buenas obras, sino tu fe en Jesucristo como tu Salvador personal.

Durante nuestra conversación esa primera noche, me invitaron a ir a su iglesia. Calvary Baptist Church en Landsdale, Pensilvania. Fui, y después del segundo domingo de ir a misa en la Iglesia Católica, y luego de ir a su iglesia, pedí hablar con su pastor, el Rev. Robert Jordan, solo para hablar sobre mi vida y hacia dónde me dirigía. Durante nuestra conversación, me dio su testimonio de cómo fue salvo y lo que el Señor había hecho por él, y me dijo que nunca se había dado cuenta de que estaba perdido, y yo tampoco; pero alabado sea el Señor. Entonces lo hice. Nunca supe que podía ir al infierno. Desde que era una niña, me habían enseñado que Dios era un Dios amoroso y que se necesitaría una persona bastante mala para ir al infierno y que, si intentaba ser buena, iría a confesión cuando era mala y comulgaría como con la mayor frecuencia posible, iría al cielo si muriera sin ningún pecado en mi alma. En el Evangelio de San Juan, la palabra “creer” se usa 97 veces diferentes en su esfuerzo por decirles a los cristianos de ese tiempo y del tiempo presente que sus obras no tenían nada que ver con la salvación, sino que simplemente creyendo, confiando

en Cristo una persona se salve de una vez por todas. Si recuerda, cada vez que Cristo realizó un milagro, solo pidió una cosa a la persona a la que tenía la intención de ayudar, y eso fue fe, creyó en Él y fue sanado. Me di cuenta de que era un pecador simplemente por haber nacido en este mundo y que ningún bautismo podía quitar ese pecado sino sólo mi fe y aceptación de Él como mi Salvador personal – *“El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado”* (Marcos 16:16) – el bautismo es una señal externa de un cambio interno. A través de mi aceptación y amor por Él, tengo la bendita seguridad de ir al Cielo cuando muera.

Justo antes de dejar la Iglesia Católica, fui a hablar con un sacerdote sobre mis muchas incredulidades. Hablamos durante unos 45 minutos y al final de nuestra conversación, me dijo que nunca dejaría la Iglesia Católica, nunca, le pregunté por qué se sentía así y me dijo que yo estaba demasiada inmersa en la tradición de la Iglesia y mi respuesta para él es: “No estoy buscando la tradición de ninguna Iglesia, busco a Dios y lo he encontrado. Me he dado cuenta de que cada palabra de la Biblia es verdaderamente la Palabra de Dios y que a través de Su Palabra y solo Su Palabra (no a través de ninguna tradición hecha por el hombre o leyes de ninguna Iglesia) las respuestas no solo para la vida cotidiana pueden ser encontradas, sino también una bendita seguridad de lo que vendrá para aquellos que han sido fieles a Su Palabra.”

Mi oración por todos los que leen esto es que abran sus corazones a Cristo. Él es el único que puede salvarlo. Ninguna iglesia puede hacerlo. No puedo hacerlo. Ningún sacerdote, ministro o amigo puede hacerlo. Cristo es el único y Él no lo hará hasta que le abra totalmente a Él y esté verdaderamente dispuesto a “tomar su cruz cada día y seguirlo”. Esto no significa tener un conocimiento mental de lo que Cristo ha hecho por usted. Antes de que pueda ser salvo por Él, primero debe haber un verdadero arrepentimiento por sus pecados y un conocimiento de que irá al infierno si no se vuelve a Él para salvarlo, Romanos 10:9-10 dice: *“Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia; pero con la boca se confiesa para salvación.”*

Desde el día que fui salva, Cristo ha cambiado totalmente mi vida y me da paz, y la convicción más profunda que jamás he tenido, oro para que usted también pueda llegar a conocer al Señor como su Salvador personal y así convertirse en un verdadero cristiano por Su bien y para la gloria de Dios Todopoderoso.

MISSIONARY OUTREACH TO CATHOLICS

P.O. Box 17453
Louisville, KY 40217

Saludos de: